

EL RETO DE SER MUJER

Como si estuviéramos en los tiempos de Shakespeare, no hay hombre que rechace meterse en la piel de una mujer. Jack Lemmon y Tony Curtis travestían en *Con faldas y a lo loco* (1959) de Billy Wilder para distraer a los gánsters. Alec Guinness se divertía en *Ocho sentencias de muerte* (1949) como Lady Agatha y Laurence Olivier, en los sesenta vistiendo falda en el teatro. Terry Jones mataba de risa como la madre fácilmente

conservadora de *La vida de Brian* (1979). Dustin Hoffman casi se lleva su primer Oscar por fingir ser mujer en *Tootsie* (1982), el mismo año que Robert Preston competía como el *drag queen* de *Victor Victoria* y John Lithgow como una mujer transgénero por *El mundo según Garp*. Hasta John Travolta intentó resucitar del olvido como la madre de *Hairspray* (2007). Para los hombres, acercarse a su lado femenino siempre ha sido todo un reto.



TERRY O'NEILL / GETTY

Laurence Olivier, ajustándose un corsé en el teatro, en 1964

por *La chica danesa*. ¿Y en qué se suelen basar para conseguir premios? En contar el reto que supone meterse en la piel de una persona transgénero y descubrir su feminidad. “Las actrices transgénero no interpretamos una identidad sexual sino que interpretamos directamente un personaje”, explicó Richards defendiendo a sus compañeras de profesión.

La repercusión de la polémica hi-

Los papeles atraen premios pero venden la idea de que estas mujeres son “hombres con buen maquillaje”

zo que el *Hollywood Reporter* publique un artículo de Nick Adams, del lobby Glaad por la visibilidad de las personas Lgtbi en los medios, que la propia Caitlyn Jenner recomendó. Ponia de manifiesto que la participación de Bomer en *Anything* da un mensaje “tóxico y peligroso” porque mientras que las actrices como Felicity Huffman (*Transamerica*) dan a entender en sus obras que sus personajes son mujeres, los hom-

bres en la piel de mujeres aumentan los prejuicios.

Según los afectados, esta percepción de que una mujer transgénero en realidad es un hombre es el responsable de que Carolina del Norte prohíba que las mujeres transgénero puedan utilizar los baños públicos para mujeres. La bochornosa explicación es que cualquier hombre vestido de mujer podría camuflarse para abusar de mujeres y niñas. Y si se le suma la homofobia que persiste en la sociedad, también contribuye a la violencia. “Los hombres heterosexuales se sienten atraídos por mujeres transexuales”, explica Richards. El problema es que hay un sector que tiene miedo a que los etiqueten como homosexuales por acostarse con una persona transgénero y acaban por emplear la violencia. “Reafirman su masculinidad a través de la violencia, haciéndonos daño”, denuncia.

Ellos se quedan los papeles y premios, aunque cada vez hay más actrices llamando la atención entre la crítica -*Tangerine* fue uno de los mayores éxitos del cine independiente el año pasado y estaba protagonizada por dos mujeres transgénero como Kitana Kiki y Mya Taylor-, mientras que ellas sufren las consecuencias de la discriminación en redes sociales y a pie de calle, a la par que reclaman una oportunidad.



crónicas peatonales

ARTURO SAN AGUSTÍN

Mediterráneo

Un septiembre de calores, incendios y navajas se ha apoderado de la actualidad nacional. La actualidad es eso que, ahora, dura sólo unos segundos. No para las víctimas sino para los espectadores. Las navajas, que siempre han vivido entre nosotros, pero que sólo se enfrentaban en los barrios más olvidados de las ciudades o en los pueblos con mucho sol, parece que quieren recuperar, incluso en las calles principales de las ciudades, el protagonismo que tuvieron en épocas pasadas. Hablo, por ejemplo, de cuando Federico García Lorca las convertía en reyerta poética o cuando las sangres que provocaban sólo aparecían en el semanario *El Caso*, al que hace poco han rendido un homenaje televisivo. O sea, que la verdadera actualidad nacional no es el busto de granito de Mariano Rajoy, los miedos o pánicos andaluces de Pedro Sánchez, el desasosiego aparentemente estudiantil de Albert Rivera o la ambición mortal y jesuítica de Pablo Iglesias. Estos cuatro emisores compulsivos de palabras, más el exministro José Manuel Soria, a quien no le ha salido bien su última trapacería, no son la actualidad nacional sino el castigo que nos merecemos. Este hombre, Soria, aun siendo canario no es de la raza de los llamados cantores sino de los llamados *llarguet*, es decir, que es un canario al que los entendidos llaman *largo*.

La verdadera actualidad nacional son, pues, los calores, los incendios provocados, las navajas, el paro y Josep Cuní, que se ha dejado una barba italiana, más milanese que romana. Y es, también, Joan Manuel Serrat, que ha dicho -más o menos- que el Mediterráneo actual queda

muy lejos del que inspiró su popular canción. Entendiendo muy bien sus palabras y la intención de las mismas, no sé yo si deberíamos culpar o despreciar al Mediterráneo de algo que propician las políticas y los dineros, que vienen a ser lo mismo. Además, en todos los fondos marinos, en sus profundidades más literarias y míticas, reposan las sombras de muchos muertos anteriores a estas guerras sirias y hambrunas africanas de ahora mismo. Yo creo que las palabras de Serrat han tenido que ser muy comentadas en tierras italianas, concretamente en Biassa, donde nacieron los hermanos Franco y Giuliano Lombardo, y en Riomaggiore, que es una de las poblaciones que forman las llama-

sino civilizaciones amontonadas unas sobre otras. Nuestro Mediterráneo es una encrucijada y, pese a todas las guerras y mafias, pese a todas sus víctimas, pese a todos sus muertos, seguimos necesitando que voces como las de Serrat, Haris Alexiou o Aikaterini Papadopoulou sigan cantándolo. Voces y sonidos turcos o marroquíes propiciados por instrumentos como el ney, el kanun o el oud. O esos buzukis griegos que nos descubrieron a Manos Hadjidakis, Mikis Theodorakis, Manos Loizos o Giorgos Koutsourelis, el verdadero padre del sirtaki. O la viola de gamba de Jordi Savall, quien, junto a la voz de la griega Papadopoulou, celebró el diálogo y la convivencia hace unos días en la plaza del monasterio de Poblet.

Yo creo que son más eficaces y sinceras las canciones que hablan de nuestro Mediterráneo que algunas acciones presuntamente solidarias y reportajes o fotografías presuntamente periodísticas, que parecen buscar más el premio, el reconocimiento artístico que la

denuncia. Desde que el llamado turismo solidario y las oenegés están de moda sólo Francesc Mateu, director de Oxfam Catalunya, se ha atrevido a decir la verdad en voz alta. “Pregúntate si eres capaz de ir a un campo de refugiados sin cámara de fotos. Eso significa que no vas allí para reforzar tu ego”. En la entrevista que le hizo en este diario Anna Buj, el sincero Mateu dijo también que el turismo humanitario es un negocio para más de uno. Y que en Haití, tras el terremoto del 2010, las personas de buena voluntad bloquearon las tareas de los expertos.

Menos reportajes y fotografías presuntamente solidarias y más canciones. Por ejemplo, *Mediterráneo*.

joan manuel serrat
“Ha dicho -más o menos- que el Mediterráneo actual queda muy lejos del que inspiró su popular canción”

das Cinque Terre. Hablo aquí de Franco Bonanini y de Riccardo Canesi, musicólogo y admirador de Serrat, que hace cinco años lo nombró patrimonio del Mediterráneo en una ceremonia desenfadada y con vino amigo celebrada en el castillo de Riomaggiore. Y de su canción *Mediterráneo* dijo que era la mejor que se había dedicado a nuestro mar. Qué días aquellos de amistad, vino y canciones. Inolvidables. Allí estaban también Elvio y Eraldo, amigos que me llegaron a través de mis queridos hermanos Lombardo. Entiendo las palabras de Joan Manuel Serrat, pero nuestro Mediterráneo, como ha escrito Fernand Braudel, no es un mar sino una sucesión de mares. No es una civilización



Joan Manuel Serrat durante su actuación de este verano en el Festival de Perelada